

SARANCE

- REVISTA DEL INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA -

*PLUTARCO CISNEROS A.,
Director Ejecutivo del IOA*

*OCTUBRE 1975
Año 1 Número 1*

*CARLOS BENAVIDES VEGA
Director del Departamento de
Difusión Cultural*

Los artículos que publica esta revista son de la exclusiva responsabilidad de sus autores y no traducen necesariamente el pensamiento de la Entidad. Se solicita canje con publicaciones similares. Dirección: Casilla Postal 1478. Teléfono 321. Otavalo-Ecuador.

CONTENIDO

Página

3 EDITORIAL

- Estudios y Ensayos -

Hernán Rodríguez Castelo

5 QUE ES EL ESTRUCTURALISMO

César Vásquez Fuller

16 EL CULTO FALICO

Carlos J. Córdova

19 ECUATORIANISMOS Y COLOMBIANISMOS

Carlos Coba Andrade

28 CONSTANTES Y VARIANTES EN LA
ETNOMUSICOLOGIA Y FOLKLORE

- Documentos -

45 PRIMERA REUNION ANDINA DE ANTROPOLOGIA
*Algunos problemas de la investigación antropológica
en el Area Andina. (Ponencia presentada por el IOA)*

59 Documento Final aprobado en La Paz

- Otavalo: hombres, hechos, ideas -

67 BIBLIOGRAFIA CIENTIFICA DE OTAVALO

- Biografías -

90 JACINTO COLLAHUASO
Víctor Alejandro Jaramillo

- Vida Institucional -

94 EL INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA
Dr. Jorge Salvador Lara

97 DIALOGO CON LA JUVENTUD

104 ACTIVIDADES DEL IOA

Qué es el Estructuralismo

(Especial para Sarance)

Hernán Rodríguez Castelo
de la Academia Ecuatoriana
de la Lengua.

¿Hay en el mundo cultural de hoy algo más elegante que llamarse "estructuralista"? ¿Hallaríamos persona medianamente informada de las grandes novedades culturales y científicas que no se haya dado de manos a boca, en momentos cruciales de sus lecturas o investigaciones, con nomenclatura estructural, pensamiento estructural o figuras del estructuralismo?

Y la cosa ha desbordado con mucho las altas esferas de la cultura, el pensamiento, la investigación y la docencia: hay profesores de primaria que dicen enseñar "gramática estructural", y, a veces, de hecho enseñan gramática con algún sentido o nomenclatura estructural.

Ello es, en suma, que se ha llegado tan lejos que ya nadie puede darse el lujo de ignorar por lo menos rudimentos de estructuralismo.

Y, sin embargo, ¿cuántos saben a ciencia cierta qué es estructuralismo -¿un movimiento? ¿un método? ¿una escuela? ¿una filosofía? ¿una teoría lingüística? ¿un sistema de organizar investigaciones antropológicas?-, y cómo nació, cómo se ha desarrollado, hasta qué punto es inevitable o no tomarlo en cuenta, a dónde apunta, por dónde anda, cuál es su futuro?

Por sola esta actualidad y casi omnipresencia en los dominios de la cultura y la ciencia, el estructuralismo merecería ya atención. Al menos la que se da a ese fenómeno de actualidad y presencia generalizada que llamamos "moda". Pero hay bastante más: el estructuralismo ha logrado, en el relativamente corto período de su vigencia, resultados estupendos en variados dominios de las ciencias humanas -como que las ha puesto a hombrearse con las ciencias exactas en rigor- y se ha proyectado hacia otras áreas con seguro poder iluminador y

sistematizador. Por tentar provisional y rápida lista de figuras que, desde los campamentos estructuralistas, han organizado expediciones increíblemente fecundas por tierras de las ciencias humanas, mencionemos a Trubetskoy, Jakobson, Hjelmslev y Chomski en lingüística; Lévi-Strauss en antropología; Wiener en cibernética; Koelher y Koffka en sicología; Lacan en psicoanálisis; Barthes en semiología; Propp, Greimas, Todorov, Bremond y Genette, y tantos otros, en ciencia de la literatura; Shannon y Weaver en teoría de la comunicación; Metz en cine. En fin, ¡qué cuadro! Como para excusar más preámbulos y ponernos en disposición de atacar el tema.

2

El estructuralismo nació, como tantos otros grandes hallazgos del espíritu humano, al término de progresiva maduración. Cada una por un flanco, varias inteligencias inquietas y lúcidas, fueron ganando terreno hasta que el método se precisó lo suficiente como para servir al pensamiento científico universal en vastas áreas de las ciencias humanas.

Uno de esos avanzados del estructuralismo fue Claude Lévi-Strauss. En la postguerra del 14, el joven Lévi-Strauss, de 17 años, descubría en el mediodía francés una naturaleza muy diferente a las grises playas bretonas de sus vacaciones de infancia. Seducido por el espectáculo, se convierte en incansable excursionista. Diez y doce y trece horas de caminata diaria. Y siempre acompañado de una oscura intuición: pensando que todo ese "inmenso desorden" de los paisajes que se le ofrecían a sus ávidos ojos encubría, como toda "colección" (su padre había sido dado a colec-

cionar), un orden secreto.

Creyó Lévi-Strauss, en un principio, que la geología iba a explicarle el secreto. "Sitúo -ha escrito él mismo en una de sus obras- aún entre mis recuerdos más caros... la búsqueda, en el flanco de una meseta calcárea del Languédoc, de la línea de contacto entre dos estratos geológicos". Pero mientras más respuestas le daba la geología, más insuficientes se mostraban para explicar algo que el joven Claude presentía o necesitaba más hondo, más radical, más total. En palabras suyas, lo que él buscaba era "una inteligibilidad más densa, en cuyo seno los siglos y las leguas se responden y hablan idiomas por fin reconciliados".

Esta primera semilla de estructuralismo maduró un tanto cuando Lévi-Strauss estudió a Marx y Freud: también los dos mostraban que debajo de lo aparential había explicaciones más hondas, a las que solo llegaban los espíritus críticos y estudiosos. Marx había insistido en las infraestructuras económicas; Freud en los sustratos psicológicos profundos.

Pasaron los años, y la oscura intuición de los 17 años, madurada en el seno de la tierra al calor de los métodos de Marx y Freud, salió a la luz y tomó forma. Aconteció ello un domingo de la segunda postguerra. Contemplando una flor de diente de león, Lévi-Strauss volvió a sentir la insuficiencia de las respuestas sensoriales. Los sentidos apenas decían de la flor aquella que era un pequeño globo, lo cual en modo alguno explicaba a la flor. Y Lévi-Strauss llevaba años sintiendo la necesidad de una iluminación más honda y más total.

Pues bien, se le ocurrió al perplejo observador que la flor aquella no era única, y que se la podía relacionar, en un afán de entenderla, con otras flores. Semejanzas y diferencias entre

flores se organizaron en un "haz de relaciones". La flor ya no estaba sola y hermética: se había integrado dentro de una gran partitura, a la que contribuía y de la que recibía sentido.

¿No se podría sistematizar esta forma de proceder hasta convertirla en método de aproximación científica a la realidad?

Tras el armisticio, Lévi-Strauss llega, exiliado, a la Escuela de Altos Estudios de Nueva York. Allí le esperaba la mayor y más importante sorpresa de su vida: al escuchar los cursos del lingüista Roman Jakobson descubrió que el método que él había intuido y había comenzado a desentrañar laboriosamente había recibido ya forma de admirable estrictez científica hace unos tantos años, en los tres cursos que había dado en Ginebra -1906-1907; 1908-1909 y 1910-1911- el profesor Ferdinand de Saussure. A la muerte del maestro y tras la publicación póstuma de un resumen de esos cursos, tres grandes escuelas habían llevado adelante su método. Y Jakobson era ilustre representante de una de ellas, la escuela estructuralista de Praga.

Poco después del encuentro de Jakobson con Lévi-Strauss en la Escuela de Altos Estudios de Nueva York se ha de situar el comienzo de la gran expansión estructuralista. Pero para entender, desde las raíces, lo que es estructuralismo hay que remontarse hasta los cursos aquellos del ginebrino Saussure.

3

Si hemos de llegar a una inteligencia adecuada de como revolucionó Saussure los estudios de lingüística, importa ver, siquiera a

vuelo de pájaro, como se habían desarrollado esos estudios en el siglo XIX.

En la primera mitad del siglo la lingüística se había dado al quehacer, rayano en pasión, de investigar las relaciones de parentesco entre las lenguas. Desde las vivas -ramales más recientes- habían ido ascendiendo por las ramas de colosal árbol genealógico hasta los troncos. Se había llegado a mostrar como las lenguas escandinavas, el inglés y los dialectos alemanes habían nacido del germánico común. Tras largos, pero segurísimos recorridos, se había arribado a lenguas que pertenecían a la historia, como el proto-germánico o el proto-indoeuropeo. Se habían reconstruido etapas intermedias: es decir, lenguas de las que no se ha guardado memoria.

Al tenor de tales investigaciones, este fue el tiempo de las gramáticas históricas y los diccionarios etimológicos.

Rehaciendo laboriosamente genealogías -lingüísticas, apenas había quedado holgura para atender a las causas más profundas de la evolución misma de las lenguas y, menos aún, a lo que fuese la sustancia de cada una de esas lenguas, a lo que explicase su fijación en cada etapa de la gran evolución.

Y había algo más: con entusiasmo romántico -aquellos eran tiempos de romanticismo- se veían las mil irregularidades que ocurrían dentro de los procesos evolutivos como algo casi natural en las lenguas, a las que se tenían casi por organismos vivos, que nacían, crecían, se reproducían y morían.

Asistimos a un primer gran empeño de renovación de los estudios de lingüística en la década del 70 al 80: los "junggramatiker" se rebelaron contra una aceptación tan fácil de las irregularidades halladas en esos procesos

evolutivos de las lenguas. Postularon leyes que diesen razón de tales irregularidades. Desde un punto de vista positivista -los tiempos habían cambiado- se partió de lo real y observable que, en materia lengua, es como se habla aquí y ahora. Solo sobre estos hechos podrían construirse hipótesis. Y a partir de ellas se debía avanzar, con un rigor que no admitiese irregularidades.

El espíritu había cambiado, pero la dirección de los estudios lingüísticos siguió siendo histórica: de ese estado de lengua concreto se partía en busca de su pasado.

La cuestión, de fondo, radical, de qué es la lengua, quedaba siempre intacta. Saussure fue quien comprendió que solo atacándole frontalmente se podía construir una lingüística firme en sus cimientos y rigurosa en su desarrollo.

"Pero ¿qué es la lengua?" -se pregunta en el "Curso de Lingüística General" (51), y habla de "dar a la ciencia de la lengua su verdadero lugar en el conjunto del estudio del lenguaje" (63). Y más adelante propone: "Nuestra definición de la lengua supone que descartamos de ella todo lo que sea extraño a su organismo, a su sistema" (67) y "El objeto concreto de nuestro estudio es, pues, el producto social depositado en el cerebro de cada uno, o sea, la lengua" (71).

Para colocar así a la lengua como objeto central de la lingüística -dejado de lado todo lo "externo" a la lengua-, Saussure distinguió entre lengua y habla.

"Al separar la lengua del habla (*langue y parole*) -leemos en el "Curso", se separa a la vez; 1, lo que es social de lo que es individual; 2, lo que es esencial de lo que es accesorio

y más o menos accidental" (57). El habla es el acto individual en el que el hablante utiliza tales o cuales elementos y tales o cuales fórmulas combinatorias del sistema; la lengua es el sistema.

Así deslindados los campos, Saussure se empeña en investigar lo social, lo esencial; el sistema. La lengua, en una palabra. La lengua, asienta, es una institución social, pero muy distinta de otras, como las políticas, las jurídicas, etc. Para comprender su naturaleza peculiar hay que hacer intervenir un nuevo orden de hechos.

Y aquí ocurre otra fundamental intuición saussureana:

"La lengua es un sistema de signos que expresan ideas, y por eso es comparable a la escritura, al alfabeto de los sordomudos, a los ritos simbólicos, a las formas de cortesía, a las señales militares, etc., etc. Sólo que es el más importante de todos esos sistemas" (60).

Esa intuición dio ser a otra, con sabor a profecía:

"Se puede, pues, concebir una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social".

La ciencia aquella existe ya, y lleva el nombre que propusiera el penetrante ginebrino: semiología.

Saussure lo vio claro: el problema lingüístico era primordialmente semiológico. De allí que para descubrir la verdadera naturaleza de la lengua, había que comenzar por considerarla en lo que tiene de común con otros sistemas de signos.

Puestas estas premisas en la Introducción, Saussure abre la primera parte de su Curso con

una investigación de la naturaleza del signo lingüístico.

El signo lingüístico une un concepto y una imagen acústica. Saussure propuso -y hasta ahora esta es la vigente- reemplazar concepto por significado e imagen acústica por significante. El signo lingüístico es arbitrario: el significado buey tiene variados significantes: en español buey, en francés boeuf y en alemán ochs.

El signo lingüístico está situado en el tiempo: lo usan hombres temporales, que nacen y mueren, que se suceden en generaciones y períodos. Al estar el signo en el tiempo, actúan sobre él fuerzas sociales.

Y con ello se le plantea al lingüista una perplejidad: o atiende al influjo del tiempo sobre el signo -al ayer del signo, a su evolución-, o atiende a las relaciones del signo con todo el sistema del cual forma parte. O trabaja en una línea vertical: del hoy al ayer del signo; o lo hace en una horizontal: el hoy de este signo y de todos los demás signos del sistema. Saussure propuso para el primer caso -el vertical, el que atiende a la evolución- el nombre de diacronía, y para el segundo -el que atiende al estado del sistema-, el de sincronía.

Para el sujeto hablante no cuenta lo diacrónico. Maldita la cosa que le importa a Perico de los Palotes que antes se dijese en español "hablar" y que ahora se diga "hablar". Cuenta solamente lo sincrónico: el estado de lengua en que él se mueve y en el que se entiende sin problema con todos los usuarios de esa lengua. De allí que, para Saussure, la lingüística sincrónica revista especialísimo interés. Sin embargo, reconoce lugar a una lingüística diacrónica. A la primera dedica la segunda par-

te de su curso; y la tercera parte, a la otra.

Denso, riguroso Saussure en su lingüística sincrónica, donde sentó las bases del estructuralismo.

Parte Saussure del hecho, tan fácilmente comprobable, de que la lengua se nos da en cadenas fónicas, líneas continuas, en las que no se marcan divisiones suficientes y precisas. (Si este rato viene un etíope y nos reza un Padre nuestro en voz alta, aquello nos cae como una sola entrega fónica, sin que sepamos cuántas palabras han sido dichas) Entonces resulta que el primer problema es dar con las unidades. "La lengua presenta, pues, el extraño y sorprendente carácter de no ofrecer entidades perceptibles a primera vista, sin que por eso se pueda dudar de que existan y de que el juego de ellas es lo que la constituye. Este es sin duda un rasgo que la distingue de todas las otras instituciones semiológicas" (184).

Ilumina la naturaleza de esas unidades la noción de valor. Casi más de lo que significan los signos lingüísticos, cuenta lo que valen. Cosa que ocurre, por otra parte, con cualquier tipo de signos. (La cocinera que va a la plaza no sabe lo que signifique un billete de diez sucres; pero sabe lo que vale. Con ese billete ella puede adquirir dos litros de leche y cierto número de panes). En la lengua, el valor de un signo se evidencia al compararlo con signos similares. Pregunto yo cuál es el plural de la palabra "ojo" en sánscrito, y se me responde. Pero cuando yo me iba a quedar tranquilo, se me explica que ese plural sánscrito no vale lo mismo que el plural castellano. Porque el sánscrito posee tres números -singular, plural y dual-, y el castellano solo dos -singular y plural-. Párrafos luminosos ilustran esta noción de "valor del signo lingüístico". Como

este: "Dentro de una misma lengua, todas las palabras que expresan ideas vecinas se limitan recíprocamente: sinónimos como recelar, temer, tener miedo, no tienen valor propio más que por su oposición; si recelar no existiera, todo su contenido iría a sus concurrentes" (197).

Entonces, resulta que el sistema de la lengua se basa en relaciones. ¿Y cómo se pregunta el maestro- funcionan esas relaciones?

Y halla que esas relaciones funcionan en dos direcciones: de un lado, en el discurso, las palabras, al encadenarse, contraen unas relaciones de contigüidad, basadas en el carácter lineal de la lengua. Por otra parte, cada una de esas palabras así ordenadas en discurso se relaciona con otras que se le ofrecen al hablante como posibilidades dentro del sistema.

Dice el profesor:

la culpa comporta una responsabilidad.

Relaciona, con relación de contigüidad, la con culpa, en un orden que, en castellano, es la primero y culpa después. Después sitúa comporta, y lo hace en número singular, en virtud de que culpa ha ido en singular. Etc.

Estas son las relaciones de contigüidad, horizontales. Que Saussure llamó sintagmáticas.

Pero el profesor aquel, cuando iba a usar la palabra culpa pensó que tal vez era mejor decir falta y hasta hecho ético o lo que sea. De entre todas esas posibilidades, eligió culpa. Culpa se relaciona con falta, con hecho ético y con otras palabras que pudieron haber ocupado ese lugar, con relación "en ausencia", vertical.

A estas relaciones "in absentia", verticales, de una serie nemónica virtual, Saussure llamó relaciones asociativas. Más tarde se preferiría hablar de paradigmáticas.

Investigando el doble juego de relaciones, sintagmáticas y paradigmáticas, se puede llegar a explicar los mecanismos de este complejo sistema de signos que es la lengua. Para Saussure la división tradicional de la descripción de una lengua -en morfología y sintaxis- debía reemplazarse por una sintagmática y una paradigmática. De acuerdo con esto, las dos operaciones básicas de la gramática resultaban la segmentación -relacionada con lo paradigmático-.

4

El aporte de Saussure a los estudios lingüísticos había sido hondo e iba a ser perdurable. El deslindamiento de lengua y habla; la concepción de la lengua como sistema de signos y la precisión de la naturaleza del signo lingüístico; la noción de valor de las unidades del sistema lingüístico, que está dado dentro del sistema, en virtud de sus relaciones con otras unidades del sistema; la duplicidad de planteos para el estudio de las lenguas, sincrónico (el sistema en un estado de lengua) y diacrónico (la evolución de elementos del sistema); los dos grandes ejes de relaciones dentro del sistema que es la lengua, sintagmático y paradigmático, con las dos operaciones fundamentales que se dedican a esos dos ejes básicos -segmentación para hallar los sintagmas y clasificación de los paradigmas -.

Todo esto fue recibido por la lingüística posterior como verdadero nuevo punto de par-

tida. Con el correr de los años se pensó que fundamentar toda la teoría del lenguaje en las dos clases de relaciones -sintagmáticas y paradigmáticas-, y reducir todo el estudio de las lenguas a segmentación y clasificación resultaba insuficiente para comprender estructuras tan complejas como son las lenguas, y, a comienzos de la década del 30, tres grandes escuelas propusieron nuevas concepciones y nuevos programas de trabajo: el Círculo Lingüístico de Praga, cuyas figuras mayores son Trubetskoy y Jakobson; el Círculo Lingüístico de Copenhague, con Hjelmslev, y la Escuela Norteamericana, que recibió su tratado fundamental en 1933 en el "Language" de Bloomfield. Pero las tres corrientes construyeron sobre los cimientos echados por Saussure. Es decir hicieron estructuralismo. La cosa había sido tan definitiva que apenas podía ya hacerse en lingüística nada serio que no fuese estructuralista.

5

Pero, ¿qué era, en rigor, "estructuralismo"?

Saussure, que había puesto las grandes premisas para cualquier actividad estructuralista, no había usado la palabra. Sólo en 1929, en el I Congreso de Filólogos Eslavos, un manifiesto, cuyos principales inspiradores habían sido Trubetzkoj y Jakobson, lo haría. Pero el lingüista ginebrino había mostrado lo que es un sistema y cómo, dentro del sistema, el valor de las unidades se da en virtud de sus relaciones con los otros términos del sistema. El asunto lo es de nombres: lo que Saussure llamó "sistema" es lo que en el Congreso de Filólogos Eslavos se nombraba como "estructura".

Lalande en su "Vocabulario de Philosophie" dice que estructura es "un todo formado de fenómenos solidarios, de tal modo que cada uno depende de los otros y no puede ser lo que es más que por su relación con ellos".

Y Hjelmslev define estructura como "una entidad autónoma de dependencias internas".

Siendo esto la estructura, está claro que no se da solo en la lengua. Que hay otras muchas manifestaciones humanas que se articulan en estructuras. Que acaso todo lo humano se articule en estructuras que no conocemos o -al menos no conocemos suficientemente.

Es decir, exactamente aquello que por años intuyó obscuramente Claude Lévi-Strauss.

Entonces el estructuralismo, que sería la disciplina de las estructuras, de lo estructural, se extendería a bastante más que a la lingüística. Llegaría a alcanzar ámbitos casi ilimitados. Michel Foucault -el autor de "Histoire de la folie" y "Les mots et les choses"- ha llegado a hablar de un momento "en que nos hemos dado cuenta de que todo conocimiento humano, toda existencia humana, toda vida humana y quizás incluso toda herencia biológica del hombre, están situados dentro de estructuras, es decir dentro de un conjunto formal de elementos que obedecen a relaciones".

El estructuralismo, así abierto a tantos horizontes, nunca ha perdido su vinculación con la lingüística -donde nació y tomó forma-, porque entre todas las estructuras de lo humano la lengua se ha revelado como la más compleja y rica, y en ningún otro terreno se ha avanzado tanto en la investigación estructural como en la lingüística. De allí que todas las expediciones "estructuralistas" se hayan puesto en camino teniendo como brújula el "mode-

lo lingüístico”.

6

En numerosos campos ha producido ya el estructuralismo obras maestras, fecundísimos debates, investigaciones sugestivas, perspectivas renovables, elaboraciones rigurosas y coherentes.

En antropología Lévi-Strauss revoluciona los métodos al inspirarse para sus encuestas en la lingüística.

En “Las structures elementaires de la parenté” (1949), un estudio comparativo de los sistemas de parentesco le muestra la posibilidad de incluir la etnología en una teoría general de la comunicación.

En 1964, en “Le cru et le cuit” parte de un mito amerindio bororo y demuestra que no se puede agotar su sentido sin considerar ciento ochenta y siete mitos pertenecientes a una veintena de tribus. Establece así que un mito obtiene su sentido “de la posición que ocupa en relación con otros mitos en el seno de un grupo de transformaciones”.

Aquel mito bororo, que describe las aventuras, aparentemente inexplicables, de un héroe desanizador de pájaros, resulta ser parte de “un grupo de mitos que explican el origen de la cocción de los alimentos”. Halla Lévi-Strauss que para el pensamiento indígena la cocina es una mediación.

Sería largo seguir al antropólogo en sus búsquedas de las estructuras que explican este hecho aparentemente trivial de la cocina, pero llega a establecer un campo semántico triangular.

Roman Jakobson, estudiando comparativamente diversas lenguas, había fijado triángulos vocálico y consonántico fundamentales para todas ellas. Así, el vocálico:

$$\begin{array}{ccc} & a & \\ u & & i \end{array}$$

“a” la vocal abierta; de ella se pueden dar pasos en dos direcciones: elevando el dorso de la lengua hacia el paladar, hacia el tono bajo, hasta terminar en la “u”; y elevando el dorso de la lengua hasta el paladar, hasta terminar en la “i”. (En español, entre la “a” y la “u”, en ese lado del triángulo, se sitúa la “o”; y entre la “a” y la “i”, la “e”. El quichua de Quito tiene casi exclusivamente las vocales primarias, las de los vértices del triángulo: “a”, “u”, “i”).

Aplicando este modelo lingüístico a la cocina, Lévi-Strauss estableció un triángulo con estos vértices:

$$\begin{array}{ccc} & \text{crudo} & \\ & \text{cocido} & \text{podrido} \end{array}$$

Lo crudo constituye el polo no marcado; los otros dos polos lo están, pero en direcciones opuestas: lo cocido es una transformación cultural de lo crudo; lo podrido es una transformación natural. Se da, en la base del triángulo, la oposición entre cultura y naturaleza.

En los dominios de lo cocido mitos y ritos sitúan en primer plano el contraste entre lo asado y lo hervido. Lo asado se expone directamente al fuego: el fuego cocina al alimento en conjunción no mediatizada, muy cercana a la naturaleza; lo hervido requiere el uso de un recipiente, objeto cultural que cumple una fun-

ción de mediación. Así para los indígenas de Nueva Caledonia el hervir se considera, orgullosamente prueba de civilización. Otra vez lo asado y lo hervido nos ponen ante la oposición naturaleza/cultura.

En suma, y sin pretender aquí ahondar más en la materia, bajo la oposición crudo/cocido Lévi-Strauss interpreta vastos conjuntos de mitos hasta el momento herméticos y explica el paso de la naturaleza a la cultura. Se descubre que el pensamiento indígena concibe la cocina como una mediación. Se explica la oposición entre el jaguar "donatario de las artes de la civilización" y el cerdo, pura caza, ser natural. De allí se pasa a descifrar el código astronómico, que se resuelve en la oposición

*estación seca - estación lluviosa
orión, pléyades el cuervo,*

Se despliega, en suma, un vasto sistema analógico y totalizador que nos permite interpretar el pensamiento mítico y relacionar mitos hasta entonces dispersos y poco menos que ininteligibles.

7

Roland Barthes, otro de los grandes del estructuralismo y acaso el más inquieto (como buen francés), ataca la moda. ("Le Systeme de la mode", 1967).

Propone Barthes revisar la función que ha cumplido la vestimenta. El punto de vista tradicional sostiene que el hombre inventó la vestimenta por tres motivos: como protección contra la intemperie; por pudor, para ocultar su desnudez, y como adorno, para hacerse notar.

"Esto es válido -dice Barthes-, pero hay que agregar otra función que me parece más importante: la función de significación. El hombre se viste para ejercer su actividad significativa. Vestirse es un profundo acto de significación".

Entonces, resulta tentador buscar el sistema de significaciones de la moda.

También en la moda cuenta la distinción clásica entre lengua y habla. La lengua de la moda está constituida por:

1) oposición de piezas cuya variación implica un cambio de sentido. (No es lo mismo llevar sombrero de fieltro que boina).

2) las reglas que presiden la asociación de las piezas entre sí.

El habla comprende los hechos individuales de tamaño de los vestidos, grado de limpieza, detalles en el uso, y otros semejantes.

La moda tiene una serie de significaciones (en el nivel significativo de la connotación); una verdadera retórica e ideología.

Va, por ejemplo, de lo serio a lo fútil. Veamos como se refiere a esta oposición Roland Barthes:

"La retórica vestimentaria participa en suma de la ambigüedad misma de las vestimentas infantiles en la sociedad moderna: el niño es excesivamente infantil en la casa y excesivamente serio en la escuela; y este exceso debe ser tomado en su significación literal; la moda es, a la vez, demasiado seria y demasiado fútil. Es probable, por otra parte, que la yuxtaposición de lo excesivamente serio y de lo excesivamente fútil, que funda la retórica de la Moda, no haga más que reproducir, a nivel vestimenta, la situación mítica de la mujer en la civilización occidental: sublime e infantil a la vez".

"Si admitimos ... que la literatura es un lenguaje, tenemos derecho de esperar que la actividad del crítico sea bastante cercana a la del lingüista" -dice en su "Introducción a la literatura fantástica" Tzvetan Todorov, y este es el punto de partida para una actividad estructuralista en el estudio de la literatura. Otro principio fundamental sentó Roman Jakobson cuando precisó que "el objeto de la ciencia literaria no es la literatura, sino la literalidad ("literaturnost" en ruso) es decir, lo que hace que una obra sea una obra literaria".

La historia de los trabajos estructuralistas en la ciencia de la literatura arranca del Formalismo ruso. Ese movimiento se desarrolló en Rusia, entre 1915 y 1930. Movimiento auténticamente revolucionario, fue rechazado por las ortodoxias soviéticas, las cuales le dieron como mote despectivo eso de "formalismo" y "formalistas".

El Formalismo ruso pretendió algo que ahora parece en el ámbito de los estudios literarios no solo lo más natural, sino lo único serio: colocar la obra literaria en el centro de la atención; examinar sin prejuicios su materia y su construcción; rechazando justificaciones sentimentales, biográficas, psicológicas o sociales, buscar en la misma obra sus claves de explicación. En suma, con palabras de Eichenbaum en "La teoría del "método formal", crear una ciencia literaria autónoma a partir de las cualidades intrínsecas de los materiales literarios".

Las grandes reglas de análisis literario formuladas por los formalistas rusos siguen vigentes como grandes reglas de análisis estructural en literatura. La primera, la ya dicha, o princi-

pio de inmanencia: la obra no se puede explicar a partir de una biografía del escritor ni de un análisis de la vida social que lo envolvió; la obra se ha de explicar desde la obra misma. Un segundo principio es el que V. Chkloski puso como título de uno de sus artículos: "El arte como procedimiento", y que Todorov lo explica así: "Rechazando toda mística que solo puede ocultar el acto de la creación y la obra misma, los formalistas intentan describir su fabricación en términos técnicos". Liberando a los estudios de literatura de las vaguedades poco menos que místicas de la inspiración, los formalistas iluminan el código que utiliza el escritor. Un tercer principio fue la distinción, que estableciera J. Tinianov, entre "forma" y "función", y que se relaciona con la distinción saussureana entre "significante" y "significado".

Este cuadro lo explica sinópticamente:

Sistemas	
Lengua (de primer grado)	Literatura (de segundo grado)
significante	forma
significado	función

La "función", como la entienden los formalistas rusos, es lo que permite a los signos del lenguaje corriente adquirir significaciones de segundo grado, propiamente literarias.

Y estas funciones literarias se distinguen entre sí por un juego de oposiciones (paradigmas, en terminología saussureana) y se combinan entre sí dentro del discurso literario (en cadenas sintagmáticas, en terminología saussureana).

El Formalismo ruso ha sido recuperado, aunque, lamentablemente, hace pocos años, para la ciencia de la literatura. Con todo, influyó en la lingüística estructural casi desde 1930, a través del Círculo Lingüístico de Praga. Su aporte ha sido fundamental para el establecimiento de un método estructural para el análisis de la literatura.

Y aquí estamos en estructuralismo en este inmenso territorio que es la literatura: el método se ha ido perfeccionando y se han logrado ya resultados estimabilísimos. Pero hartos mayores que los logros son los empeños. Las regiones conquistadas y trabajadas aparecen insignificantes si se las compara con los horizontes abiertos. Véase qué horizontes, lejanos y magníficos, abre, por ejemplo, esta propuesta de Roland Barthes:

"No son imágenes, ideas o versos lo que la voz mítica de la Musa sugiere al escritor; lo que existe es la gran lógica de los símbolos. Será entonces necesario aceptar redistribuir los objetos de la ciencia literaria. El autor, la obra, no son más que el punto de partida de un análisis cuyo horizonte es un lenguaje. No puede haber una ciencia de Dante, de Shakespeare o de Racine, sino solo una ciencia del discurso. Esta ciencia tendrá dos grandes territorios, según los signos de que trate: el primero comprenderá los signos inferiores a la frase, brevemente, todos los rasgos del lenguaje literario en su conjunto; el segundo comprenderá todos los signos superiores a la frase" ("Critique et vérité", 1966).

Solo un método que trabaja con el rigor del estructuralismo podía proponerse empresas tan vastas. Sabiendo, por otra parte, que en las grandes encrucijadas coincidirán, para

intercambiar mapas de ruta, expediciones estructuralistas que partieron por tierras de antropología con las que lo hicieron por caminos de lingüística pura o de ciencia de la literatura o de semiología de la imagen. Todas ellas siempre mucho más inquietas por lo que les queda por caminar, que satisfechas por el botín alcanzado en lo ya recorrido.